



El vínculo madre-hijo varón, según lo ya dicho, y, por ende, la estructura del varón mismo, se elabora en función de las necesidades de la madre-familia. El hijo está destinado a cumplir los cometidos del esposo imposible, en todo menos en la relación genital. La genitalidad del varón habrá de dispersarse y diluirse en múltiples y variados contactos para que, al mismo tiempo que lo identifica en su sexo, no corra el riesgo de convertirse en fuente y origen de un posible vínculo afectivo rival.

El vínculo madre-hija tiene otro sentido. Funciona como reproductor de la mujer-madre y de la familia-madre. En la hija, la familia matricentrada se perpetúa, se reproduce la cultura y el mundo-de-vida. Entre los hijos, las hembras son las únicas destinadas a formar nuevas familias. Si para el varón «mi familia es mi mamá», para la hembra «mi familia son mis hijos».

Felicia. Yo prefiero vivir sola en el sentido de no tener esposo, pero no sola de mi familia, porque siempre la tengo.

WR. ¿Tu familia son tus hijos?

Felicia. ¡Mis hijos! Cuando no estoy con uno, estoy con el otro. (...) Cada quien de ellos me tiene y yo los tengo a ellos (A. Moreno *et al.*, 1998, p. 313).

También la hembra empieza su vida practicándose como hija-de-madre, pero con una hijidad abierta a la madredad. Llegada ésta, la hijidad queda subordinada y subsumida en ella.

189

AM. Ahora, cuando tú hablas de tu mamá, tú hablas de tu mamá hasta que tienes tus hijos. O sea, tú dejas de ser hija y empiezas a ser madre. Entonces, yo te hice una vez una pregunta y tú no sabías escoger entre tus hijos y tu mamá, pero de lo que pasa en la historia-de-vida y de la forma en que tú hablas, da la impresión de que realmente tus hijos son más importantes para ti que tu mamá.

Felicia. Porque se forman dos familias. Cuando uno es sortero, uno es de su mamá, está con su mamá; después que uno se casó, tiene hijos, ya va a otra familia. Fundamentalmente los hijos son los primeros, y la mamá se puede querer igual pero va quedando de segunda (p. 314).

Nótese que el esposo no es ni primero ni segundo; no aparece.

La hija está destinada por la cultura a la madredad. El vínculo con la propia madre se estructura de una vez abierto a ese horizonte, horizonte en el que no está comprometida la permanencia del vínculo original, pues la nueva familia madre-hijo se inscribe en la anterior por la relación abuela-nieto, que es la prolongación de la misma madredad de la abuela. Así se reproduce el sentido y la cultura. La mujer tiene que cumplir un destino fijado por la trama del sentido cultural. Su vida

entera no será sino el desarrollo sistemático, por secuencias y escenas, del guion de una película cuyo director es la misma estructura del mundo-de-vida.

La hija está, pues, destinada a trascender a madre; el hijo no está destinado a trascender de hijo a padre y esposo.

Abierta a la madredad, la identificación de la hija no tiene que sortear peligros como el varón. Su proceso es lineal y orientado hacia un fin bien definido. Se constituye, así, una personalidad fuerte, bien integrada, sin vacíos ni inseguridades. En el mundo-de-vida popular la mujer es la fuerte; el hombre, el débil. Entre los dos, la mujer es la más formada para asumir responsabilidades —la de madre— y para bregar con la vida.

Su papel principal es, pues, formar familia. Tiene además otro, no por secundario poco importante: ser reserva de la familia matricentrada para cuando el varón, por no haberlo entre los hijos o por incumplimiento, falla en su cometido de hijo-esposo. Cuando el hijo «sale malo», no cumple con el deber de satisfacer las necesidades de la familia-madre, la hija suplirá pero poniendo siempre por delante su propia madredad. Así, si a ésta, por falla del varón, le toca trabajar, su madre, ahora como madre-abuela, asumirá el cargo de madre para dos generaciones —o para tres, si es el caso—, pues la madredad es una estructura que no termina ni tiene límites.

190

Lo mismo sucede cuando la hija se convierte en madre muy pronto. La «maternidad prematura» está prevista en el mundo-de-vida popular. Éste ha generado una cultura, un modo de habérselas con la vida, que tiene ya dispuestos los mecanismos de acción para cuando el caso se da. Nada tiene de raro ni pernicioso el embarazo llamado, fuera del mundo-de-vida popular, «precoz» si a la cultura se le permite poner en marcha los mecanismos ya experimentados por largo tiempo. La joven madre tiene su puesto en la familia y sus funciones.

La mujer tiene un horizonte de realización fijado por la trama del mundo-de-vida. Comienza a practicarlo, o a practicar su vida en él, desde que hace su entrada en una familia diseñada para él y diseñadora de él. En este horizonte sólo se abre una posibilidad de ser mujer-madre: no madre simplemente, sino madre-sin-padre, madre en soledad de pareja, criadora total de los hijos, formadora de la única familia posible y nudo-centro de las relaciones.

Cuando a Felicia, una vez completada la narración de su historia-de-vida y en la entrevista de cierre, se le pregunta: «¿Entre tu mamá y tus hijos, qué es lo más importante para ti?», la respuesta se le dificulta. En el fondo lo que se le está preguntando es si ella se identifica más como hija de familia matricentrada o como madre.

Lo más importante... —dice dudando y dejándolo en suspenso. Añade luego: Yo los considero a los dos iguales, porque mi madre la quiero con amor de hija y mis hijos...

y yo quiero a mis hijos con amor de madre. ¿Es un dolor para mí? Es igual, no tengo diferencia... (suspensión, largo silencio, cavilando). No la tengo porque mi madre es muy grande. Primero se dice madre y después hijo, ¿verdad? Pero cuando nace el hijo, ¿es hijo y después madre? Yo quiero compartir igual. Lo más grande del mundo, mi madre y mis hijos.

No hace falta ser muy perspicaz para entender que el problema crucial sobre qué es ella ante todo, hija o madre, no lo puede resolver con claridad. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos que hace para «compartir igual», como dice, el amor de los hijos, esto es, su identificación como madre, se impone en el fondo de todo el discurso.

El sentido profundo de la mujer no es ser hija permanente sino ser madre.

Cuando, en cambio, se le hace la misma pregunta a un hombre responden sin dudar: mi mamá primero, luego los hijos y después puede ser la abuela u otro familiar, difícilmente la pareja, sea esposa o no. La identificación del hombre como hijo está muy clara.

Ahora bien, para la mujer, la identificación va por la senda de madre-hija, aunque su formación haya ido por la de hija-madre. La madurez definitiva, aunque sea a muy temprana edad, lo que llaman maternidad prematura, se centra en su identificación como madre, si bien sea inseparable de la de hija, pues la propia experiencia de madre en relación con sus hijos le hace revivir y revalorizar su personal relación de hija con su propia madre. Vivirse madre es vivir lo que su madre vivió con relación a ella. Es tal el vínculo madre-hija, hija-madre, que no se pueden separar sus componentes aunque quede bastante clara la jerarquía en la que se ubican.

Así, Felicia es tanto hija como madre. Madredad e hijidad se alternan en el discurso dejando abierta la posibilidad de dejar a la propia madre en segundo lugar para construir su propia madredad. Se abre así la posibilidad de jerarquizar las madredades con libertad. Esta libertad es el camino para que se lleve a realización la existencia personal, para que cada una sea madre a su manera. Como ya se ha dicho, la madre es el sentido pero la concreta no es el modelo. Hijidad de hija y madredad coinciden en que ambas son matricentradas. Hijos y madre, en la expresión de Felicia, son el amor más grande del mundo. Hay que entender, entonces, que el amor, y no otra cosa, como el interés o la autorrealización, es el sentido de los vínculos en el mundo-de-vida, esto es la relación matricentrada como amor.

La duda, sin embargo, que se esfuerza más que por resolver, por mantener viva Felicia, sobre cuál es el amor más importante y por ende cuál el que la identifica como yo-Felicia, se resuelve al final del diálogo de manera muy transparente: «¿Entonces, será que el amor estable de los hombres es la madre?», pregunta el cohistoriador, «Tal vez, tal vez», dice ella. El cohistoriador continúa: «En cambio,

para la madre el amor estable como que son los hijos». Felicia asiente: «No hay amor más grande que exista». Sonríe el cohistoriador: «Fíjate tú que ahora me pusiste a tu mamá en segundo lugar». Felicia taxativamente: «Claro».

Resuelto el dilema.

La identificación de la mujer como madre-hija es un proceso de aprendizaje desde los primeros años de su existencia.

Felicia lo expone como proceso de autoafirmación que se da precisamente en esa relación con la madre.

En ella aprende el sentido del trabajo, no sólo el hecho mismo de trabajar, sino el porqué y el para qué, su significado en la madredad, porque el trabajo de su propia madre en el que desde muy pequeña la acompaña, está todo él centrado en los hijos, sus hermanos, y no en otra cosa.

Mi mamá —narra Felicia— vivía cerca de un río, que el río se llama río Namara. Yo acompañaba mucho a mi madre a lavar. Ella lavaba ropa ajena, montada sobre una piedra. Cuando yo me sentía con sueño mi mamá me acobijaba sobre de una piedra. Ahí yo dormía. Cuando me despertaba, mi mamá me tenía algo de comer; luego continuaba con mi madre acompañándola hasta terminar su trabajo (...) Entonces, después que nos hacía la comida, mi mamá almaba como... un telar, algo así, con cuatro maderas, cuatro palos. En esos palos mi mamá me mandaba a darle la vuerta para almar lo que llamaban un chinchorro que, yo no... ahora, claro, con el conocimiento que tengo, sé el trabajo que pasó mi madre. Entonces, mi mamá tejía eso de noche. Yo era quien la acompañaba. Mi mamá para que yo no me durmie... Yo dormía, y al despertarme, mi mamá me daba una aguja. Y me daba granitos de maíz un poco tierno, para que yo los fuera ensartando por ahí, con la aguja, y me hiciera un collal. Para que yo no me durmiera. Yo le decía a mi mamá que por qué ella me mandaba hacer eso (...) Ella me decía: —No, hija, esto es para que me acompañes. Mi mamá, cuando eran los fines de semana, yo la acompañaba hasta el monte donde ella tenía un pequeño conuco. De eso nos manteníamos (...) Ella sembraba maíz, auyama, granos, lo que ella pudiera. O sea, mi madre fue la ma... madre y padre a la vez.

Puesto que la madre asume funciones que en otros mundos corresponden al padre, su trabajo es una labor en soledad. La niña debe aprender que cuando sea madre tiene que considerarse como sola, sin el padre, para poder ser madre de sus hijos. Se trata del proceso de formación de la hija como mujer-nudo familiar, papel del que forma parte fundamental el trabajo en soledad.

De hecho, es en todos los aspectos de la vida cotidiana en los que la hija va aprendiendo a ser mujer, siempre guiada directamente por la madre o modelada por lo que la madre hace. Así, va a las fiestas para hacer como hace su mamá.

Lo primero que me acuerdo de mi mamá es... (pausa larga) que ella, cuando... Habían... por lo menos en... en las casas más cercanas, hacían fiestas. De lo que yo primero me acuerdo es de eso. Hacían fiestas. A mí me gustaba bailar. Y yo le decía a *mi mamá* (con énfasis): —¿Por qué tú no me llevas para la fiesta?

—No, porque tú eres muy pequeña.

Yo le decía: —No, pero yo voy a crecer.

Habíannn, habían tusas de maíz. Y yo llegué a pensar, que metiéndome unas tusas de maíz en las alpargatas, yo me veía más alta. Entonces, yo me ponía eso, y me llegaba hasta donde estaba mi mamá. Me preguntaba: —¿Qué haces ahí?

—Yo vengo a bailar—. Le decía yo.

Y ella: —No, usted no puede estar aquí. ¿Por qué tú estás?

—Yo vine a bailar.

Había un señor que masticaba tabaco. Mi mamá hacía siembra de tabaco en el fondo de su casa. Y yo le decía al señor: —Yo le voy a regalar tabaco pa' que usted baile conmigo. Yo le robaba a mi madre, le llevaba al señor, y el señor me complacía a bailar conmigo. Entonces mi mamá, me... me insistía que yo fuera para la casa. Pero yo sí me iba, pero no me dormía. Cuando mi mamá pensaba que estaba dormía yo estaba otra vez en la fiesta (voz más rápida, acelera que casi no se le entiende desde «pero yo sí...»). Bailando junto con mi mamá. Bueno; eso fueron de las fiestas.

193

Más que identificación pura con la figura materna, proceso psicológico, es un vivirse mujer en compañía de la madre. Por parte de ésta hay una especie de prohibición, pues en realidad no se trata de una prohibición tajante. Felicia, en efecto, la transgrede con descarada facilidad y la reacción de la madre es más bien consentidora con su jugar a ser mujer. Al mismo tiempo, y en el mismo proceso, se inicia al uso del hombre como recurso. El hombre le sirve para, es seducido para poder ella estar en la fiesta «bailando con su mamá». Es claro que la mamá deja de lado la prohibición y le permite, en resumidas cuentas, bailar junto con ella.

Educación se identifica aquí con crianza.

Felicia deja la impresión de ser bastante libre en su proceso educación-crianza regido por la madre. La madre no parece generar, de hecho, una dura dependencia en su hija. De todo el relato se deducen unas relaciones muy afectuosas y permisivas. La identificación con la madre, con el modo de ser mujer en su mundo-de-vida, se va produciendo sin presiones, en el discurrir espontáneo del vivir.

Como muestra y ejemplo de esta libertad en la que se forma Felicia-hija podemos tomar en cuenta su deseo, que luego será proyecto realizado de manera totalmente autónoma de aprender y aprender a leer en particular.

«Yo veía mi... que los niños iban pa'l colegio. Y yo le preguntaba a mi mamá que por qué yo no iba pa'l colegio, me contestaba lo anterior. Yo dije para mí: Yo

tengo que aprender a leer». Lo que la mamá le había contestado era: «Porque tu papá no está y yo no tengo para darte los útiles».

El proyecto educativo, por tanto, aparece como una decisión personal. Aprenderá por sí misma incluso a leer. Con ello invalida la excusa materna; aunque no tenga padre, ella puede aprender incluso haciéndose su propia escuela. Esto es importante porque no hay dependencia de la madre. No hay dependencia sino una especie de rebeldía, que no es propiamente rebeldía sino autonomía. Lo que hay es relación afectiva, y la relación deja libertad, de ir en contra, incluso.

En el varón esta autonomía es aún más clara siempre y cuando no implique abandono de la madre. Sobre lo que no hay libertad es sobre ser madre y sobre ser hijo. La libertad camina por esos senderos; pero siempre hay libertad de decisión personal. No hay dependencia en el sentido psicológico del término.

La autonomía completa se la dará a la hija el tener un hombre y hacerse madre.

Es lo que encontramos en las historias-de-vida de mujeres venezolanas populares. Sirva de ejemplo la de Juliana, base de la tesis de Maestría del profesor Esteban Pérez ante la UPEL de Maracay:

Ya estaba independizada (se refiere a su hermana). Ella vivía primero con... Ella... ella primero vivía con él y después, fue cuando se casó. Y ella... Cuando... Ella vivía con él cuando estudiaba octavo. Y después salió embarazada en el tercer año. Cuando terminó el año tenía cuatro meses; ella se graduó con los cuatro meses igual. Y mi mamá le dijo bastantes cosas. Pero, a pesar, aquí pudo cursar el quinto año.

La corta edad de la hermana y estar estudiando, no le impide comenzar una relación de pareja e independizarse. Al siguiente año de vivir juntos, cuando estudia noveno grado, está embarazada e inicia su propia familia.

Ya hemos visto cómo a la hija, cuando es la mayor de los hermanos o la que ocupa su lugar, si la mayor concreta no está, le corresponde asumir la función de madre para toda la familia cuando la madre real está ausente, ya sea por haber muerto, por abandono o por total despreocupación. Son los casos de Evelia y de Juana, el primero cuando la madre abandona y el segundo cuando ha muerto. A veces la hija tiene que iniciar, así, muy temprano la función para la que está destinada en el mundo-de-vida popular, ser madre tanto en sentido simbólico, como en cuanto sustituta, como en cuanto madre concreta de hijos propios.

